EL LIDERAZGO CARISMATICO DE EVITA

THE CHARISMATIC LEADERSHIP OF EVITA

Marysa Navarro
Dartmouth College - Estados Unidos

Resumen

La característica más saliente y excepcional del Peronismo, cuando se lo compara con otros movimientos políticos, es su liderazgo carismático doble. El liderazgo del General Juan Domingo Perón ya estaba claramente establecido cuando asumió la presidencia de la nación y el de Evita se fue desarrollando posteriormente a esa fecha. Pero desde el año 1948 hasta que ella murió, la Argentina contó con dos líderes que se complementaron, aunque los orígenes y la naturaleza de sus liderazgos fueran muy diferentes.

La relación carismática de Perón y de Evita con los sectores de clase obrera que lo llevaron por primera vez al gobierno en 1946 ha sido un factor importante en la política Argentina ya que sobrevivió la muerte de Evita, el derrocamiento de Perón y sus dieciocho años de exilio. Sin embargo, es un tema que ha recibido poca atención[1]. Lo que sigue es un intento de examinar un aspecto de la cuestión: el liderazgo de Evita durante el primer mandato de Perón, de 1946 a 1952.

Palabras claves: liderazgo carismático-peronismo.

Abstract

The exceptional and principal characteristic of Peronismo when is compared with others politics movements, is the double charismatic leadership. The General Juan Domingo Perón´s leadership was clearly established when he assumed the Nation´s presidence, and the Evita´s it was development after this time. But since 1948 until she die, Argentina count with two liders which were complementary, although the origins and nature of the leadership was very different.

The charismatic relation of Peron and Evita with the sectors of worker class, who take to the government to the first time in 1946, was an important factor in the argentine´s politic, since it survives Evita´s dead, Peron´s fall and his eighteen years of exile. Nevertheless is a cuestion which has recived little atention.

The objective of this paper is examinate one aspect off the cuestion: the Evita´s leadership during the first Peron´s mandate, betweeen 1946 and 1952.

Key words: charismatic leadership- peronismo.

En "La teoría de la organización económica y social", uno de los primeros trabajos sobre el concepto de liderazgo carismático, Max Weber explica que hay tres formas posibles de legitimación de la autoridad: la tradicional, la racional o legal y la personal o carismática. Esta última está definida por la posesión de carisma, que es cierta cualidad de un individuo en virtud de la cual, éste se separa de los hombres comunes y es tratado como si tuviera poderes o cualidades sobrenaturales, sobrehumanas o por lo menos específicamente excepcionales. Son tales, que no están al alcance de las personas comunes, se las cree de origen divino o ejemplares, y son la razón por la cual el individuo en cuestión es tratado como líder.[2]

Según Weber, un líder carismático se distingue por su misión y su capacidad de inspirar devoción, lealtad y "confianza absoluta" en sus partidarios. Su carisma, revelado por algún "signo o prueba, en su origen siempre un milagro", no es por sí mismo la base de su legitimidad; ésta "reside más bien en la concepción de que es el deber de quienes han sido llamados a una misión carismática, reconocer su cualidad y actuar en consecuencia"[3]. "El reconocimiento", apunta, puede surgir "del entusiasmo, de la desesperación o de la esperanza".[4]

Para Weber, el carisma era "un fenómeno típico de los movimientos religiosos proféticos o de los movimientos políticos en procesos de expansión, en sus primeras etapas. Pero tan pronto como la posición de autoridad está establecida y, sobre todo, tan pronto como se establece el control sobre grandes masas de gente, se abren paso las fuerzas de la rutina cotidiana.".[5] Se podría decir, agrega Weber, "que la autoridad carismática existe en su forma pura, sólo durante el proceso de gestación. No puede permanecer estable, porque se transforma en tradicional o rutinaria, o en una combinación de ambas".[6]

Menciona varios tipos de líderes carismáticos, algunos héroes de guerra, los "fanáticos", los "shamanes", hombres como Joseph Smith, el intelectual comunista bávaro Kurt Eisner y los profetas, pero no presenta en un análisis extenso del liderazgo carismático político. Sin embargo, es precisamente en el ámbito político que se han utilizado las ideas de Weber sobre liderazgo carismático.[7] En años recientes, por ejemplo, en ciencias políticas, se ha usado el concepto para analizar la transición de ciertas sociedades coloniales a naciones independientes.[8] Por otra parte, a pesar de éstos y otros intentos de elaborar una teoría de liderazgo carismático, el concepto es todavía difícil de describir y hay desacuerdo sobre su utilidad, aplicabilidad, las condiciones en las que pueden surgir líderes carismáticos, sus caracte-

rísticas o qué sucede cuando mueren.[9]

A primera vista, las ideas de Weber sobre liderazgo carismático no parecerían ser ni útiles ni aplicables al caso de Evita. Primero y principal, ella es mujer y el líder carismático es siempre un hombre. De hecho, el concepto no solamente está impregnado de características específicamente masculinas, sino que excluye a las mujeres sin miramientos. En su discusión del proceso de rutinización del carisma y sus consecuencias, Weber apunta que "el individuo que no ha podido completar exitosamente el proceso de iniciación, sigue siendo 'una mujer'; es decir está excluido del grupo carismático".[10]

Pero es un hecho que a pesar de ser mujer, durante su corta vida política, Evita inspiró tanta devoción, obediencia y "confianza absoluta" como Perón. En segundo lugar, si bien según Weber el liderazgo carismático aparece en un momento de crisis, o sea cuando un movimiento está luchando por cambiar ciertas condiciones específicas, el de Evita se desarrolló lentamente, cuando el "proceso de gestación" había llegado a su fin y supuestamente había comenzado "la rutina cotidiana." Tercero, ella compartió su liderazgo con Perón, aunque el concepto de "carisma compartido" sea una incongruencia teóricamente.

Así como el liderazgo de Perón no puede ser estudiado separado del de Evita una vez que él asume la presidencia de la nación, el de ella tampoco puede analizarse aislado de Perón, no solamente porque él decidió incorporarla a su liderazgo, sino porque ella ejerció el suyo explícitamente como complemento del de Perón. Vale la pena señalar aquí que el liderazgo de Perón, a su vez, también presenta algunas dificultades. Es que el liderazgo de Perón fue proclamado y "reconocido" durante la demostración que tuvo lugar el 17 de octubre, unos cuatro meses antes de su elección a la presidencia, acontecimiento que por lo tanto ocurrió cuando el "el proceso de gestación" había concluido. Es decir que durante sus dos primeros mandatos (1946-55), Perón fue presidente y al mismo tiempo líder de los descamisados, nombre éste que se dió después del 17 de octubre a los trabajadores que lo reconocieron como tal en esa fecha. Contrariamente a lo que debía suceder según Weber, en el caso de Perón, su carisma no se desvaneció para dar paso "a las fuerzas de la rutina cotidiana," sino que conservó todo su vigor y hasta el fin de su gobierno mantuvo "control sobre grandes masas de gente."

A pesar de estas aparentes dificultades y contradicciones, un análisis más detallado del modelo que nos ofrece Weber nos revelará que sus ideas son no solamente útiles, sino también aplicables al caso de Evita.

Evita es indudablemente la figura política femenina de mayor proyec-

ción en América Latina, sin embargo durante la mayor parte de su vida, le interesó mucho más su carrera de actriz que la política. Nacida en 1919 en un medio social modesto, de origen ilegítimo y con escasa educación, era una actriz de radioteatro con su propia compañía cuando conoció al coronel Perón, a comienzos de 1944. Para ese entonces, él era Secretario de Trabajo y Previsión Social, Secretario del Ministro de Guerra y también el militar más discutido entre los oficiales que habían tomado el poder el 4 de junio de 1943. El interés de Evita por la política comenzó a desarrollarse como resultado de su relación con Perón y de su participación en un programa de propaganda política patrocinado por la Secretaría de Trabajo y Previsión. Sin embargo, su carrera como actriz de radioteatro y de cine siguió siendo su preocupación principal hasta el 23 de octubre de 1945, cuando la abandonó definitivamente para casarse con Perón. El triunfo de éste en las elecciones de febrero de 1946 modificaría la vida de Evita de tal manera que, para 1949, ya era la persona de mayor poder e influencia en el gobierno peronista después de Perón. Cuando se murió en 1952, era Eva Perón, la esposa del Presidente, o sea la Primera Dama, y "Evita", la abanderada de los descamisados o sea el enlace de Perón con los trabajadores, fundadora y presidenta del Partido Peronista Femenino, miembro del Consejo Superior del Partido Peronista, presidenta de la Fundación Eva Perón, y por voto de las cámaras legislativas, Jefa Espiritual de la Nación.

Cuando participó en el golpe militar que derrocó al presidente Ramón J. Castillo en junio de 1943, Perón era un coronel de 48 años, autor de varios libros, profesor de la Escuela Superior de Guerra y un experto en cuestiones de estrategia militar que se había granjeado el respeto de la oficialidad. Si bien había tomado parte en el golpe militar del General José Félix Uriburu, en septiembre de 1930, su interés por los temas políticos y sociales se había reavivado sobretodo durante un viaje de entrenamiento a Italia entre 1939 y 1941.

El 27 de octubre de 1943 Perón se hizo cargo del Departamento de Trabajo, hasta ese momento una repartición de segundo orden, cuyo objetivo principal había sido el de controlar al movimiento obrero organizado. Al mes siguiente, el Departamento ya era una Secretaría y con la implementación de viejas leyes laborales, la sanción de otras nuevas, la creación de nuevos sindicatos y, en general, el desarrollo de una política social que mejoró el estándar de vida y las condiciones de trabajo de obreros y obreras, empleados y empleadas, tanto en las ciudades como en el campo, la transformó en el símbolo de una nueva era en todo lo referente a relaciones laborales.[11]

La clave del liderazgo carismático de Perón está en su gestión como

Secretario de Trabajo y Previsión y en la relación que él estableció con la clase trabajadora entre 1943 y 1945. Contó con la ayuda de varios factores, entre otros, las condiciones económicas favorables de la Argentina después de la Segunda Guerra Mundial, la existencia de una clase obrera en rápido crecimiento, con grandes sectores no sindicalizados y un movimiento obrero burocratizado. A ésto habría que agregarle un estilo político enteramente nuevo. Perón abrió las puertas de la Secretaría y empezó a recibir diariamente a dirigentes sindicales y simples obreros, visitaba sus sedes y las fábricas en que trabajaban y concurría a sus reuniones. Cuando se dirigía a ellos, hablaba de justicia social, les recordaba que tenían derechos y proclamaba el comienzo de una nueva era en la que el estado pondría fin a la explotación de los trabajadores.[12] Empleaba un lenguaje que los obreros no habían oído en boca de un miembro del gobierno hasta ese momento, pero que escuchaban con entusiasmo porque era el que ellos usaban, y además venía acompañado de medidas concretas.

La gestión de Perón desde la Secretaría de Trabajo encontró una fuerte resistencia en todos los partidos políticos que se oponían al gobierno militar por su política exterior y su falta de garantías constitucionales. Los comunistas y los socialistas, hasta 1943 con una base fuerte en el movimiento obrero organizado, se oponían a él con especial encono, acusándolo de demagogo y de nazi. Pero su popularidad siguió aumentando y hasta empezó a tener efecto en sindicatos tradicionalmente dominados por los socialistas. En un acto que organizó la Unión Ferroviaria en octubre de 1944 para agasajar a Perón y a otras autoridades de la Secretaría de Trabajo, hizo un discurso en el que recordó a sus oyentes que contrariamente a otras revoluciones, ésta beneficiaba a los pobres. Señaló también que las críticas que se hacían de la Secretaría de Trabajo provenían de los malos políticos y de egoístas. Los obreros debían apoyar esa institución "para mantener sus propias conquistas" y agregó que "confiaba en que contaría con su apoyo cuando considerara oportuno solicitarlo"[13]. La relación que Perón estaba forjando con los trabajadores fue puesta a prueba en octubre de 1945, durante una crisis que paralizó al país durante nueve días y de la que salió vindicado, fortalecido y transformado en el Líder de los Descamisados.

La crisis irrumpió el 9 de octubre cuando Perón, para ese entonces no solamente Secretario de Trabajo y Previsión sino también Ministro de Guerra y Vicepresidente, fue obligado a renunciar a sus tres puestos por un grupo de oficiales de Campo de Mayo. Su renuncia desencadenó una crisis de gabinete para el presidente General Edelmiro J. Farrell. Los ministros presentaron sus renuncias y Farrell dispuso la formación de un nuevo go-

bierno. Antes de abandonar la Secretaría, sin embargo, Perón hizo un último discurso a un grupo de manifestantes que habían ido hasta su oficina para despedirse y anunció que había firmado varias medidas laborales antes de renunciar. Su discurso enfureció de tal manera a sus enemigos, que el 13 de octubre fue detenido y encarcelado en la isla Martín García. Pero la noticia de la detención de Perón precipitó la reacción de los sectores obreros que apoyaban su gestión en la Secretaria de Trabajo. Ayudados por sus colaboradores y amigos más cercanos en esa repartición comenzaron a movilizarse para conseguir su libertad. El 15 de octubre, los trabajadores azucareros de la provincia de Tucumán fueron a la huelga y el mismo día la Confederación General del Trabajo (CGT) se reunió para votar una declaración de huelga general. Fue votada para el 18, pero en la mañana del 17, miles de trabajadores abandonaron las fábricas en el cinturón industrial de Buenos Aires e invadieron la ciudad. Pidiendo la libertad de Perón, convergieron hacia la Plaza de Mayo. No fueron detenidos ni por la policía, encabezada por el coronel Filomeno Velasco, otro gran amigo de Perón, ni por las tropas de Campo de Mayo y se sumaron a ellos multitudes de hombres y mujeres durante todo el día. No se fueron hasta ya entrada la noche, esperando entre consignas y cantos que apareciera Perón en el balcón de la Casa Rosada y les hablara desde allí.[14]

La presencia de Perón en la Casa de Gobierno y su discurso, frecuentemente interrumpido por expresiones de entusiasmo delirante, marcaron la transformación de su relación con la clase obrera argentina en un lazo que los uniría durante treinta largo años[15]. Fue entonces que surgieron el líder y los descamisados, nombres que aparecen pocos días después para describir a Perón y a los hombres y mujeres que pidieron su libertad y expresaron su apoyo por él en Plaza de Mayo[16]. Lo reconocieron como su "héroe", su "líder", porque en una acción decisiva y sin precedentes, se había transformado en su portavoz y, en poco tiempo, había cambiado sus vidas de forma tangible. A pesar de las acusaciones de socialistas y comunistas y de las críticas de dirigentes sindicales, sabían que la Secretaría de Trabajo se había transformado en una institución diferente desde que Perón se había puesto a su frente. Su amplia sonrisa inspiraba confianza cuando recibía a los dirigentes sindicales en su oficina; se sentían cómodos en seguida y conversaban amigablemente con él. Además sabía cómo dirigir la palabra a una manifestación de trabajadores. Lo hacía como si toda su vida hubiera sido un dirigente obrero. Entendían que sus enemigos habían pedido su renuncia, lo habían encarcelado e incluso habían amenazado su vida por su apoyo a las clases trabajadoras. De allí en adelante, los enemigos de Perón serían sus enemigos pues al atacarlo, habían puesto en peligro todas

las medidas favorables que habían disfrutado desde 1943. Los temores de los trabajadores se vieron confirmados por el discurso inaugural del nuevo Secretario de Trabajo y la reacción de los empresarios cuando obreros y empleados fueron a cobrar su sueldo el 12 de octubre. Por otra parte, los rumores sobre la composición del nuevo gabinete de Farrell, indicaban que la oligarquía conservadora estaría pronto de vuelta en el poder[17]. Al identificar las medidas obtenidas desde la caída de Castillo con Perón, decidieron llamar a la huelga general y los dirigentes sindicales no tuvieron otro remedio que apoyarla. Los trabajadores proclamaron su adesión a Perón y con su movilización consiguieron que su héroe fuera puesto en libertad y les fuera entregado en Plaza de Mayo para tener no solamente un discurso de él sino un diálogo con él. Su movilización significó su expreso reconocimiento del liderazgo de Perón, un reconocimiento colectivo, necesario y al decir de Weber "decisivo para la convalidación del carisma"[18].

Los acontecimientos del 17 de octubre conformaron un acto fundacional: fueron la proclama simbólica del liderazgo de Perón y la entrega de la voluntad colectiva a él, porque la encarnaba. En los años siguientes, cada 17 de octubre, se recrearía ese acto. Ante una Plaza de Mayo rebosante de gente, Perón, desde el balcón de la Casa de Gobierno, se dirigiría a los descamisados como lo había hecho aquella noche. El ritual tendría lugar en un feriado nacional, denominado oficialmente Día de la Lealtad, en recuerdo de la lealtad que él había demostrado a los descamisados, solamente comparable con la que ellos demostraron hacia él.

El 17 de octubre de 1945, tanto Perón como los trabajadores, repudiaron las reglas políticas establecidas y rechazaron los comportamientos políticos y sociales correspondientes. Su reencuentro ese día, según el modelo de Weber, fue revolucionario[19]. Pero la relación carismática revelada en esa fecha no invalidó las instituciones existentes, no destruyó las reglas aceptadas. Más bien se superpuso a ellas. En lugar de actuar exclusivamente sobre la base de la nueva autoridad con la que había sido investido, Perón, el nuevo líder, se convirtió ese mismo día en candidato a las elecciones presidenciales que se avecinaban. De hecho, al mes siguiente Perón anunció su candidatura y el mandato que recibió el 17 de octubre fue formalizado y confirmado en febrero de 1946, cuando fue elegido presidente.

Según el modelo de Weber, el liderazgo de Perón completó su "proceso de gestación" el 17 de octubre. A partir de entonces, empezaba la "rutinización", una etapa que inevitablemente erosionaría su relación con los descamisados. Pero no es lo que sucedió; el liderazgo carismático de Perón no solamente se mantuvo intacto hasta 1952, sino que se fortaleció.

La clave de esta transformación inesperada fue la incorporación de

Evita al liderazgo de Perón.

Perón ganó las elecciones de 1946 con una campaña en la que se enfrentó a todos los partidos políticos que existían hasta el golpe de 1943. La oposición iba desde los comunistas hasta los conservadores, pero él obtuvo 1.527.231 votos sobre un total de 2.734.386. También ganó las gobernaciones de todas las provincias menos dos, todas las bancas del Senado y obtuvo una amplia mayoría en la Cámara de Diputados. Pero a pesar de estos resultados, Perón estaba en una posición difícil. En primer lugar, no lo respaldaba un partido político unido y bien organizado. Perón se presentó a las elecciones respaldado por dos organizaciones políticas creadas después del 17 de octubre: la Unión Cívica Radical (Junta Renovadora), un pequeño desprendimiento de la Unión Cívica Radical y el Partido Laborista, fundado por dirigentes sindicales. Estaban unidas en la medida en que ambas apoyaban a Perón, pero las separaban serias diferencias que estallaron tan pronto como la campaña se puso en marcha. Por otra parte, el Partido Laborista representaba un peligro serio para Perón porque estaba dirigido por viejos sindicalistas, muy respetados, que se habían adherido a la política de la Secretaría de Trabajo y a Perón, pero también querían mantener cierta independencia. Además, muchos eran dirigentes de la CGT y el 15 de octubre de 1945, no había duda alguna que se habían negado a entregar sus organizaciones a Perón.

El 15 de octubre, el comité confederal de la CGT se reunió para considerar una moción que declaraba la huelga general. Las actas de la reunión indican que los delegados obreros habían comprendido claramente el impacto de la política de Perón sobre la clase obrera Argentina. Al igual que los obreros, los dirigentes lo apoyaban porque esa política había satisfecho viejas reivindicaciones. No discrepaban con la decisión de los trabajadores de abandonar sus puestos de trabajo como protesta por la detención de Perón. En realidad, no veían otra alternativa que la de declarar la huelga general. Pero se resistían a llamar a la huelga con el propósito específico de pedir la libertad de Perón, porque esto significaría entregarle la dirección del movimiento obrero organizado. La moción que se adoptó después de un fuerte debate, indicaba que la huelga sería el 18 de octubre, pero no mencionó el nombre de Perón[20].

El intento de la CGT de mantener su legitimidad como organización sindical fue socavado por la movilización del 17, que dejó a los dirigentes en una posición muy frágil. Trataron de recuperar terreno con la fundación del Partido Laborista, pero ya era demasiado tarde. Perón había ganado la partida y poco después de las elecciones, en mayo de 1946, lo disolvió. La decisión de Perón fue abiertamente resistida por algunos dirigentes. Otros

la aceptaron, aunque siguieron tratando vanamente de mantener la independencia del movimiento obrero[21].

Por otra parte, la rápida expansión del movimiento obrero organizado, la incorporación masiva de obreros industriales que cambiaron la composición de la CGT y el alto nivel de movilización de los trabajadores dispuestos a luchar por salarios más altos y mejores condiciones laborales también representaban un peligro para Perón, pues todo esto ocurría en momentos en que la Secretaría de Trabajo -recientemente transformada en Ministerio- no estaba preparada para responder a estas demandas.

Si Perón necesitaba mantener el apoyo de los sectores que lo habían llevado al poder, tenía que seguir satisfaciendo esas demandas y al mismo tiempo reforzar su control sobre el movimiento obrero. También necesitaba asegurarse de que el nuevo Ministro de Trabajo no afectara su relación con los descamisados y encontrar alguna forma de continuar el estilo político que él había establecido como Secretario de Trabajo. De hecho, su elección constituía un peligro para su relación con los descamisados, pero pudo superar los problemas planteados por sus obligaciones presidenciales, dando los siguientes pasos. Por un lado, nombró Ministro de Trabajo a José María Freire, un dirigente obrero de poco predicamento, que debía su nueva fama a Perón y, por lo tanto, no podía fácilmente transformarse en su rival. Por otro, permitió que Evita lo sustituyera y delegó en ella su contacto personal con los obreros y empleados que insistían en querer hablar con él y reunirse con él.

Poco después de que Perón asumiera la presidencia, Evita empezó a desarrollar ciertas actividades muy extrañas para la esposa del presidente de la nación. No solamente lo acompañaba dondequiera que fuera, sino que también se reunía con delegaciones obreras en una oficina dispuesta para ella en el edificio del Correo, visitaba fábricas y sedes sindicales, asistía a concentraciones y en todas partes, pronunciaba pequeños discursos en nombre de Perón. En septiembre de 1946, su oficina fue trasladada al Ministerio de Trabajo, o sea el mismo edificio donde había funcionado la antigua Secretaria de Trabajo y Previsión cuando la dirigía Perón. Con este cambio, sus partidarios quedaban informados que a partir de ese momento, Evita era su enlace con ellos, que Perón contaba con ella para mantenerse en contacto con ellos. Por otra parte también les señalaba que si bien era el Presidente de la Argentina, no había dejado de ser Secretario de Trabajo- un hecho repetidamente implícito en los discursos de Evita cuando llamaba a Perón "el coronel" (aunque había sido promovido a general) y mencionaba "la Secretaría" (aunque ya era un Ministerio)-. Y para no dejar lugar a dudas, en diciembre de 1946 su rol como enlace de Perón con los obreros

fue oficializado mediante un comunicado de prensa de la Presidencia[22].

El análisis de las razones personales que puedan haber tenido Perón y de Evita para emprender un camino tan extraordinario excede los alcances de este trabajo.[23] Lo que importa aquí, es que al delegar en ella su contacto personal con los descamisados le dio la legitimidad que ella necesitaba para ser aceptada por ellos, le transfirió parte de su liderazgo y con ello detuvo el inicio de su propia "rutinización". Claro está que el liderazgo carismático de Evita, no surgió de la noche a la mañana, como resultado único de la decisión de Perón. Fue formándose gradualmente, durante los primeros dos años de su mandato, a medida que fue estableciendo su utilidad tanto para los descamisados como para Perón. A pesar de que la identificación de Evita con Perón era muy fuerte, y siguió siéndolo hasta su muerte, poco a poco empezó a tener mayor individualidad, adquirió un lenguaje político propio y su perfil político se hizo más nítido.

La transformación de Evita fue tomando cuerpo durante el período en que Perón afirmó su control sobre el movimiento obrero organizado y neutralizó a los laboristas y otros dirigentes que seguían resistiendo su creciente poder. En 1948 finalizó la primera etapa del proceso. Para entonces, José Espejo había sido elegido secretario general de la CGT y las elecciones legislativas de ese año reforzaron el apoyo a Perón en la Cámara de Diputados. Culminó con la reforma constitucional de 1949, que permitió su reelección en 1951. Para cuando Perón consolidó su poder, Evita se había convertido en una parte integral del mismo y su propia relación con los descamisados estaba claramente establecida. En un reconocimiento simbólico de la nueva situación, el 17 de octubre de 1948, les habló por primera vez junto a Perón desde el balcón de la Casa Rosada .

La presencia de Evita en el balcón confirmó la legitimidad de su liderazgo, que por otra parte, desde septiembre de 1947 se había extendido a un nuevo sector: las mujeres. Su discurso era la "prueba" o el "signo" de él pero tenía un significado simbólico adicional. Como líder de los descamisados, junto con Perón, ella tenía que formar parte de la alianza revelada el 17 de octubre de 1945. Dado que ella no había integrado el pacto original, tenía que ser incorporada a esa fecha. Su discurso de 1948 no dejó lugar a dudas sobre su vinculación con aquellos acontecimientos y la convirtió en partícipe, después de los hechos, de la fundación del peronismo.

La confirmación de la participación de Evita en el gobierno peronista en 1948 es doblemente importante, porque muchos autores le han atribuido erróneamente una participación destacada en las movilizaciones de octubre de 1945, con descripciones desprovistas de detalles concretos. Esos relatos, escritos en la década de los cincuenta, reflejan la personalidad que ella

había adquirido desde 1945, pero no la persona que era en ese entonces. La principal actividad de Evita durante la crisis de octubre fue tratar de obtener un habeas corpus para sacar a Perón de la cárcel. Si bien los días que él pasó en la isla de Martín García deben haber sido muy angustiosos para ella, no tenía ni la experiencia, ni los contactos con los dirigentes obreros, ni con la clase trabajadora, como para ser una de las personas que organizaron la movilización popular.

Aunque Perón fue el principal origen de la autoridad de Evita, la base de su liderazgo provino del trabajo que empezó a realizar todos los días con sus partidarios. Se reunía diariamente con innumerables delegaciones de trabajadores en su oficina del ministerio. Iban a verla por diferentes razones: en algunos casos, le pedían ayuda porque querían organizar un sindicato o estaban negociando contratos. En otros, necesitaban su apoyo para ganar una elección interna, para hacer que un empresario aplicara una ley laboral o para mejorar las condiciones de trabajo de una determinada fábrica. Lo que ella hacía, esencialmente, era escuchar todos los pedidos, derivarlos a la dependencia apropiada y, actuando en nombre de Perón, ejercer suficiente presión para apurar los trámites y obtener resultados rápidos. Pronto adquirió la reputación de ser eficiente y los trabajadores comprendieron que, para lograr lo que querían, era conveniente canalizar sus demandas a través de ella.

Con su constante y poderosa intervención, Evita ayudó, indudablemente, al Ministerio de Trabajo a mantener su frenético ritmo de afiliación: los afiliados de la CGT aumentaron de 441.412 en 1941 a 528.523 en 1945 y 1.532.925 en 1948[24]. Por otra parte, en momentos en que el secretariado de la CGT estaba encabezado por viejos sindicalistas como Luis F. Gay o Aurelio Hernández, dirigentes que resistían la "peronización" del movimiento obrero, su acción debilitaba la eficacia del secretariado de la central sindical, al establecer una línea de comunicación alternativa con el Ministerio de Trabajo. En realidad, los líderes obreros con quienes ella se reunía en estos primeros años, eran cuadros intermedios y sus relaciones con los dirigentes de los sindicatos mayores era distante, una situación que cambió radicalmente en diciembre de 1947, cuando se eligió un nuevo secretariado y sus miembros, desde el secretario general José Espejo, hasta el último hombre, eran todos entusiastas peronistas. Evita también contribuyó a la consolidación del poder de Perón, al establecer contacto con hombres que podían reemplazar a los antiguos dirigentes obreros, encabezar nuevos sindicatos, presentarse a las elecciones de 1948 y entrar al Partido Peronista que pronto se fundaría.

Las reuniones de Evita con delegaciones obreras fueron el centro de

sus actividades políticas hasta el momento en que ya, demasiado enferma, no pudo salir de la residencia. Inclusive cuando empezó a dedicar largas horas a los asuntos relacionados con la Fundación Eva Perón y cuando decidió organizar la rama femenina del Partido Peronista, se las ingenió para seguir reuniéndose diariamente con el secretariado de la CGT y con delegaciones obreras.

Es indudable que las condiciones económicas después de la Segunda Guerra Mundial, permitieron la continuación de la política económica y social elaborada por Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión. Pero en la medida en que los trabajadores siguieron firmando contratos laborales generosos, formando nuevos sindicatos, recibiendo beneficios adicionales y mejorando sus condiciones de trabajo, identificaron a Evita con estos logros y le fueron atribuyendo una creciente responsabilidad en la continuación de la política social del gobierno.

Esta percepción contaba con la ayuda del nuevo secretariado de la CGT que declaraba repetidamente su apoyo a Evita y le agradecía la deuda que tenía con ella. Por otra parte, a medida que su poder y su influencia aumentaban, ella podía no sólo satisfacer más pedidos, sino también conseguir fondos para proyectos que beneficiaban directamente a los descamisados. En este sentido, la Fundación Eva Perón, que ella controlaba, fue particularmente útil. A partir de 1949, con sus fondos subsidió vacaciones para los descamisados, les otorgó recursos para construir sedes sindicales y levantó lujosos hospitales, clínicas modernas, casas baratas y elegantes hoteles para ellos.

El liderazgo de Evita no separó a los descamisados de Perón. Por el contrario: fortaleció el vínculo que los unía porque era su esposa y por lo tanto, parte de él y en todo momento actuaba en su nombre, algo que nunca dejaba de mencionar en sus discursos.

Una de sus principales funciones entre 1946-52 fue la de pronunciar discursos. Es probable que el éxito que tenía cada vez que hablaba en público, junto con el trabajo que realizaba diariamente con los trabajadores, la hayan impulsado en los primeros años a desarrollar cada vez más actividades en el campo de la política. A su primer discurso público, como parte de la campaña del gobierno para bajar el costo de vida, le siguieron muchos otros: para explicar los objetivos del Plan Quinquenal, abogar por el voto femenino, pedir a los sindicatos que siguieran confiando en Perón como lo habían hecho en octubre de 1945, respaldar a los diputados peronistas en las elecciones legislativas de 1948, insistir en la necesidad de una reforma constitucional, elogiar la doctrina de Perón, el Justicialismo y la Tercera Posición, advertir contra las amenazas que significaban los comunistas y

los oligarcas y, cuando ya estaba muy enferma, para rogar a los peronistas que reeligieran a Perón en 1951.

Aunque Evita ocasionalmente hablaba por radio, pronunciaba la mayoría de sus discursos cuando visitaba las delegaciones obreras, en los numerosos mítines organizados por la CGT, por algún sindicato o por el Partido Peronista, tanto en Buenos Aires como en las distintas provincias. Cualquiera fuera la ocasión, los temas eran los mismos, constantemente repetidos, contados con las mismas palabras, con cambios muy pequeños. Se refería indefectiblemente a las terribles condiciones en que vivían los trabajadores antes de 1943; los beneficios que habían obtenido una vez que Perón se hizo cargo de la Secretaría de Trabajo; los logros de la Revolución de junio de 1943, multiplicados diez veces por Perón, un hombre que había transformado a la Argentina en un país "económicamente independiente, socialmente justo y políticamente soberano", donde los trabajadores podían vivir felices; la absoluta necesidad de que Perón permaneciera en el gobierno para que la justicia social continuara existiendo en la Argentina; el amor de Perón por los descamisados; la grandeza de Perón y el extraordinario significado de su doctrina; la obligación de los descamisados de luchar por sus derechos y la de Perón de defenderlos de sus enemigos: los comunistas, la oligarquía, el capitalismo, el imperialismo y los vendepatrias.

Cuando Evita pronunciaba un discurso desde el balcón de la Casa Rosada en ocasión del 1° de mayo o del 17 de octubre, los temas eran los mismos pero hablaba de una manera diferente. Por lo general, sus discursos en la plaza eran explosiones de pasión y de furia, verdaderas arengas que buscaban despertar una respuesta emotiva en el público. Contrastaban con los discursos de Perón, que con un tono calmo, seguro y paternal, explicaba las cosas con un lenguaje simple y claro. Cuando Evita hablaba, sus manos alargadas empuñaban el micrófono o surcaban el aire. Su voz se alzaba tensa y perentoria y con gran velocidad lanzaba insulto tras insulto contra los enemigos de la patria y de Perón, suavizándose sólo para pronunciar su nombre o la palabra descamisados, como una caricia.

Con un lenguaje extraído del radioteatro, los discursos de Evita transformaban la política en dramas dominados por inexorables invocaciones al amor: el amor era lo que había impulsado a Perón en la Secretaría de Trabajo, su amor por los trabajadores; ellos lo salvaron el 17 de octubre porque lo amaban; ella sacrificaba su vida por todos, porque los amaba; y el amor que unía a Perón, Evita y los decamisados era la causa del odio que la oligarquía sentía hacia ellos. Sus libretos nunca cambiaban y sus personajes eran figuras estereotipadas evocadas por los mismos adjetivos: Perón era siempre "glorioso", el pueblo "maravilloso", la oligarquía "egoísta" y

"vendepatria" y ella era una mujer "humilde" o "débil", que estaba "quemando su vida por ellos" para alcanzar la justicia social, "cueste lo que cueste y caiga quien caiga". El 1° de mayo de 1951, terminó su discurso con las siguientes palabras:

> *"Y si pudiera elegir entre todas las cosas de este mundo, elegiría la infinita gracia de morir por la causa de Perón, que es morir por ustedes. Porque yo, también, como los compañeros trabajadores, soy capaz de morir y de terminar el último momento de mi vida con nuestro grito de guerra, nuestro grito de salvación: la vida por Perón".*[25]

Evita no desplegó la gama completa de su retórica, con su estilo único, su inusitado vocabulario y sus frases inolvidables hasta los dos últimos años de su vida. Pero su talento ya podía vislumbrarse en 1946, cuando comenzó a sustituir a Perón y visitaba fábricas o se reunía con delegaciones obreras en el ministerio. Con un lenguaje agresivo, que era el mismo que empleaba Perón cuando era Secretario de Trabajo, pero que abandonó cuando asumió la presidencia de la Nación, ella recordaba a su público que "el coronel" había iniciado la era de la justicia social en la Argentina y se había comprometido a continuar con la misma política como Presidente. A medida que pasaron los años, el estilo de su discurso fue cada vez más violento, especialmente después del golpe militar de septiembre de 1951.

Pero los discursos de Evita, especialmente sus frases más duras, no pueden aislarse del discurso de Perón. Ya sea en 1946, en 1949 o en 1951, sus arengas tenían el propósito inconfundible de reforzar la lealtad de los descamisados hacia Perón -y de este modo reforzar el control que el gobierno ejercía sobre ellos- estableciendo una continuidad entre el pasado y el presente y exaltando la personalidad del líder como símbolo de la voluntad, los derechos y el bienestar de sus partidarios.

El liderazgo de Evita, se definió desde el primer momento sobre la base de la superioridad de Perón. El era el líder indiscutido, el conductor, el ideólogo que elaboraba la doctrina, el estratega que definía los objetivos y articulaba los planes para lograrlos[26]. Evita repetía las ideas de Perón y las explicaba a sus partidarios una y otra vez, innovando sólo en la medida que "la causa del General" pudiera beneficiarse; era la encargada de implementar las tácticas que él delineaba. Como diría en su autobiografía: *"El es el líder. Yo soy sólo la sombra de su presencia superior"*[27]. Nunca empleó la palabra líder para referirse a ella misma y tampoco lo hicieron los descamisados, si bien unas semanas antes de su muerte, el Congreso le concedió el título de Líder Espiritual de la Nación. Como la "sombra" de Perón, sin embargo, tenía numerosos títulos: era la abanderada de los humildes o la

abanderada de los trabajadores; el escudo de Perón; la esperanza y la eterna vigía de la revolución; la plenipotenciaria de los descamisados y el que ella parecía preferir, porque es el que usaba con mayor frecuencia, el puente de amor entre Perón y el pueblo. Estos títulos no eran simples artificios retóricos creados por la propaganda peronista o por ella misma para satisfacer su vanidad, que era grande, sino más bien descripciones precisas del papel que desempeñó en el peronismo entre 1946 y 1952, así como reflexiones de su propia relación con los descamisados.

Quizás la mejor manera de entender su significado, es examinar la estructura de sus discursos, especialmente los que pronunciaba desde el balcón de la Casa Rosada durante las celebraciones del 17 de octubre o del 1° de mayo. En esas ocasiones, los discursos de Evita se componían de tres elementos básicos: Perón, los descamisados y ella misma, como nexo entre ellos. Si empezaba dirigiéndose a éstos, generalmente hablaba como si fuera Perón, pero manteniéndose a cierta distancia de él. Luego cambiaba la dirección del discurso y se dirigía a Perón llamándolo mi general, como si ella formara parte del público y hablara en su nombre. Finalmente, se separaba tanto del uno como de los otros para reafirmar que ella era solamente una humilde mujer que amaba a Perón y a los descamisados y había dedicado su vida a trabajar hasta su muerte para que todos pudieran ser felices.

Mantenía esa misma estructura en muchas otras ocasiones. Así, por ejemplo, en un discurso que pronunció en un congreso de la CGT, comenzó estableciendo su identificación con Perón: *"Yo, que tuve el gran honor de compartir con el general sus preocupaciones, sus sueños y sus logros patrióticos, me siento orgullosa de haber seguido su camino, es decir, el camino que nos señaló el General Perón"*. Más adelante, cambió de interlocutor y con su inimitable sintaxis se dirigió a él, identificándose con los descamisados, pero separada de ellos. *"Mi general: aquí está la CGT con su vanguardia de descamisados, con su gloriosa y amada vanguardia de descamisados, presente en su honor y para apoyarlo, no de manera circunstancial, porque el apoyo proviene de hombres y de mujeres que cuando gritan 'la vida por Perón', lo hicieron el 17 de octubre de 1945..."*, siempre dirigiéndose a Perón, continuó como si fuera parte del público: *"Porque, mi general, nosotros luchamos por la independencia económica; luchamos por la justicia social; luchamos por la soberanía y por el honor de nuestra bandera; luchamos por la felicidad de nuestros niños y por la humanización de un capitalismo que sólo nos trajo peleas entre hermanos; luchamos por la consolidación en nuestra Patria de la extraordinaria doctrina de nuestro celebrado líder de los trabajadores"*. Finalmente, separada de todos, terminó con estas palabras: *"Les agradezco a los compa-*

ñeros trabajadores el honor concedido a esta humilde mujer que trabaja tratando de interpretar los sueños patrióticos del General Perón... Esto me estimula y me impulsa a continuar; es la más honorable condecoración en el pecho de una mujer que viene del pueblo, que está orgullosa de pertenecer al pueblo y cuyo trabajo es el de escuchar las palpitaciones del pueblo trabajador".[28]

Evita podía hablar a los descamisados porque era la intérprete de Perón, su "escudo," su intermediaria con ellos; de hecho, su primera delegada. Ella podía hablarle a Perón, porque era la intermediaria de los trabajadores para con él, la portadora de su estandarte, su plenipotenciaria. Y en relación con ambos, ella era "la esperanza y la guardia eterna de la revolución", "el puente de amor entre Perón y el pueblo".

Evita nunca dejaba de recalcar la superioridad de Perón y lo elogiaba profusa e incansablemente. Si bien la maquinaria de propaganda del gobierno, los miembros del partido y los parlamentarios peronistas también repetían las mismas consignas sobre Perón, no podían competir con las apasionadas declaraciones de interminable amor que Evita sentía por Perón y por los descamisados. Ella proclamaba su fanática lealtad hacia ellos, su voluntad de sacrificar su vida por ellos y les pedía a cambio, afirmaciones equivalente de amor, fidelidad, gratitud, obediencia y compromiso a muerte con Perón. Ella no ahorraba superlativos cuando se refería a él. Era "glorioso", "superior", "incomparable", el cielo no podía existir sin él.[29] En un discurso que pronunció en la Escuela Superior Peronista explicó que el estudio de la historia del mundo probaba, en forma concluyente, que Perón era un genio superior en todos los aspectos a hombres de la talla de Licurgo, Alejandro el Grande, Napoleón o Carlos Marx. *"Lo he analizado profundamente. Perón es perfecto".*[30]

Sus súplicas y sus pedidos de unidad, disciplina, fe en Perón, confianza en Perón y obediencia a Perón, que repetía incansablemente, crearon una atmósfera en la que pronto desaparecieron la autocrítica y los cuestionamientos. Hacia 1949, la obediencia al líder se había transformado en un principio fundamental del peronismo. Con esto, Evita le dió al peronismo otra de sus características, aunque esta vez no fuera exclusiva: un culto al líder tan fuerte que sobrevivió los dieciocho años que duró el exilio de Perón y cuando volvió a la Argentina, hasta adquirió un nuevo nombre: verticalismo.

Rubia, pálida y hermosa, Evita era la encarnación de la mediadora, un ser de rostro virginal que, a pesar de sus orígenes, compartía la perfección del Padre por su cercanía a él. Su misión era amar infinitamente, entregarse a los demás y "quemar su vida" por los demás, una metáfora que se hizo

penosamente real cuando cayó enferma con cáncer y se negó a interrumpir sus actividades. Para ese entonces, era la Santa Madre, elegida por Dios para estar cerca del "líder del nuevo mundo: Perón"[31]. Era la madre que no había tenido hijos propios, transformada en la Madre de todos los descamisados, la Mater Dolorosa que "sacrificó" su vida para que las personas más desposeídas, más pobres y más oprimidas, las criaturas, los ancianos y las ancianas pudieran encontrar alguna felicidad.

La imagen de mediadora era fomentada por ella y repetida hasta el hartazgo por funcionarios del gobierno, miembros del partido y dirigentes obreros y terminó siendo real para muchos peronistas, y también para ella. Pero esta imagen de Evita era una máscara, que no era falsa, pero escondía a otra mujer: la política astuta y celosa que daba órdenes a los ministros para conseguir lo que quería y cuando lo quería, trabajaba con un ritmo frenético y manejaba la Fundación Eva Perón y la rama Femenina del Partido Peronista con mano de hierro. Escondía a la mujer que tuvo la audacia de imaginarse Vicepresidenta de la Argentina, cuando en muy pocos países del mundo las mujeres se atrevían a soñar con una carrera política.

Perón y Evita ofrecen un ejemplo interesante de lo que podría llamarse "carisma institucionalizado" o, con palabras de Weber, "carisma rutinizado". Como presidente y líder de los descamisados, Perón encarnaba tanto la autoridad carismática como la rutinaria y también la legal. Consiguió hacerlo, superando "las fuerzas de la rutina cotidiana" porque incluyó a Evita en su carisma. A partir de 1949, Evita representó claramente una autoridad carismática pura, ya que no había pasado por un proceso electoral y no tenía un puesto oficial en el gobierno. Se movía por fuera de la estructura institucional, conectada a ella sólo de manera informal y por lo tanto con amplia libertad para ejercer su influencia sin restricciones. El único que tenía poder sobre ella era Perón. Y ella, a su vez, solamente reconocía la autoridad de Perón, cosa que demostró en varias ocasiones, inclusive cuando retiró su candidatura a la vicepresidencia de la Nación. Al aceptar la supremacía de Perón y al definirse como su complemento, no sólo hizo que la relación de aquél con los descamisados pudiera permanecer intacta, sino que le infundió nueva vida.

La presencia de Evita permitió que Perón no tuviera que compartir su liderazgo con otro hombre, alguien que hubiese podido usar el Ministerio de Trabajo contra él, como Perón había hecho contra Farrell. Hizo posible que él desempeñara sus funciones sin apoyarse en colaboradores como su amigo el Coronel Domingo A. Mercante, hijo de ferroviario, muy popular entre los sindicalistas, su colaborador en la Secretaría de Trabajo y en 1946, elegido Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, alguien que

claramente podía transformarse en un rival. Ella liberó a Perón de ciertas actividades esenciales para su estilo político, dejándole tiempo para cumplir con sus obligaciones presidenciales. Lo protegió del tipo de contacto diario desgastante para el líder de un movimiento que ya no está luchando por el poder, sino que está en el poder. Lo aisló de enfrentamientos o negociaciones problemáticas cuando surgieron conflictos y así le ayudó a desempeñar el papel de árbitro final, de hombre sabio que puede dirimir diferencias cuando los demás han fracasado, de hombre de estado, juez, maestro, ideólogo, Padre, en una palabra, de "conductor" que tanto le gustaba a él.

Evita podía definirse como el complemento de Perón porque era mujer y su esposa. Como mujer, era una intrusa en el mundo de la política de gobierno -las mujeres argentinas votaron por primera vez en elecciones nacionales en 1951- y, por esto, nadie podía considerarla como una amenaza. Perón no podía pensar en ella como rival y los descamisados no podían ver en ella un obstáculo para sus relaciones con él. Para cuando demostró sus habilidades políticas, ya no era posible detenerla porque era demasiado útil para Perón y para los descamisados. Como esposa de Perón, Evita era su extensión y por lo tanto, parte de él. Por ser su mujer, se había transformado en la segunda figura política del peronismo, a pesar de su origen social y familiar, de su carrera de actriz, una actividad socialmente problemática en la Argentina de esa época, y de su relación con el entonces coronel Perón. *"Todo lo que soy, todo lo que tengo todo lo que pienso y todo lo que siento, pertenece a Perón"*, reconoció en su autobiografía. En ningún momento podía olvidar -y no trató de hacerlo- que era un gorrión *"y todavía lo soy. Si vuelo alto es gracias a él. Si camino entre las cimas de las montañas, es gracias a él. Si a veces toco el cielo con mis alas, es gracias a él. Si veo claramente quién es mi pueblo y si amo a mi pueblo y siento el amor de mi pueblo acariciando mi nombre, es gracias a él"*[32].

Después de la muerte de Evita, los vínculos de Perón con los obreros se debilitaron y sus relaciones con los militares, la iglesia y los industriales empeoraron considerablemente, desgastadas por su nueva política económica, su creciente autoritarismo y el vacío político creado por la muerte de Evita. A pesar de que la relación carismática de Perón con los descamisados pasó por un período de enfriamiento, durante sus dieciocho años de exilio, su liderazgo nunca se vio seriamente amenazado y a comienzos de los setenta era nuevamente el líder indiscutido. En 1973, volvió a la Argentina para ganar las elecciones por una tercera vez y aunque en esta ocasión su esposa Isabel Martínez de Perón fue su Vicepresidenta, el liderazgo doble del peronismo murió con Evita.

Notas

Este trabajo es una traducción, con algunos cambios, de un artículo publicado en inglés hace ya tiempo, "Evita's Charismatic Leadership" en MICHAEL L. CONNIFF, comp., Latin American Populism in Comparative Perspective. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1982. Adriana Blasetti tradujo el texto original.

[1] Ver ALBERTO CIRIA, Perón y el justicialismo (Buenos Aires, 1971) y JOSE LUIS DE IMAZ, Los que mandan, trad. Carlos A Astiz con Mary E. McCarthy (Albany, N.Y., 1979).

[2] MAX WEBER, The Theory of Social and Economic Organization, (trad. A. M. Henderson y Taicott Parsons (New York, 1947), pp. 358-59.

[3] Ibid., p. 359.

[4] Idem.

[5] Ibid., p. 37

[6] Ibid., p. 364.

[7] Ver DAVID E. APTER, "Krurumah, Charisma and the Coup," Daedalus 97, nº 2 (Verano 1969), 757-792 y Ann Ruth Willner, "The Rise and Role of Charismatic Leaders," The Annals of the Academy of Political and Social Science 358 (Marzo 1965), 77-88.

[8] Ver ROBERT C. TUCKER, "The Theory of Charismatic Leadership," Daedalus 97 nº 2 (Verano 1969): 731-56 y K. J. Ratnam, "Charisma and Political Leadership," Political Studies 12, nº 3 (Octubre 1964), 341-54.

[9] WEBER, op. cit., p. 367.

[10] Ver MIGUEL MURMIS Y JUAN CARLOS PORTANTIERO, Estudios sobre los orígenes del peronismo (Buenos Aires, 1971); Samuel L. Balley, Labor, Nationalism and Politics in Argentina (New Brunswick, N.J. 1967); ALBERTO CIRIA Y COL., La década infame (Buenos Aires, 1969); CARLOS FAYT, La naturaleza del peronismo (Buenos Aires, 1967); HOBART A. SPALDING, Jr., Organized Labor in Latin America (New York, 1977); RUBEN ROTONDARO, Realidad y cambio en el sindicalismo (Buenos Aires, 1971); Peter H. Smith, "The Social Base of Peronismo," Hispanic American Historical Review 52, nº 1 (Febrero 1972), 55-72; y DAVID TAMARIND, "Argentine Industrial Unionism During the 'Infamous Decade' and the Emergence of Perón" (Trabajo presentado en la reunión de LASA de 1979, en Pittsburgh, 1979).

[11] El lenguaje de Perón en estos discursos no era el mismo que empleaba en otras ocasiones en este período. Ver, por ejemplo, su discurso en la Bolsa de Comercio, el 25 de agosto de 1948, reproducido en: CORONEL JUAN PERON, El pueblo quiere saber de qué se trata (Buenos Aires, 1945).

[12] La Nación, 12 de octubre de 1944.

[13] Para más detalles de los acontecimientos ocurridos entre 1943 y 1946, ver FELIX LUNA, El 45: Crónica de un año decisivo (Buenos Aires, 1969).

[14] Esto no quiere decir que el apoyo a Perón provenía exclusivamente de la clase obrera. Pero mientras otras clases o sectores de clase apoyaron a Perón en diferentes períodos, no fueron tan firmemente peronistas como lo fue la clase trabajadora. Por otra parte, Perón siguió encontrando resistencia, e incluso oposición activa, entre los obreros durante sus dos primeros mandatos. Para un análisis de su relación con la clase obrera, ver WALTER LITTLE, "The Popular Origins of Peronism," en DAVID ROCK, ed., Argentina in the Twentieth Century (Pittsburgh, 1975) y LOUISE M. DOYON, "Conflictos obreros durante el régimen peronista (1946-55)," Desarrollo Económico 17, nº 67 (Octubre-diciembre 1977), 437-73.

[15] Sobre el debate acerca de la composición social del peronismo, ver PETER H. SMITH,

"The Social Base of Peronism"; GINO GERMANI, "El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos," Desarrollo Económico 13, nº 51 (Octubre-diciembre 1973), 435-88; PETER H. SMITH, "Las elecciones argentinas de 1946 y las inferencias ecológicas," Desarrollo Económico 14, nº 54 (Julio-septiembre, 1974), pp. 385-98; ELDON KENWORTHY, "Interpretaciones ortodoxas y revisionistas del apoyo inicial del peronismo," Desarrollo Económico 14, nº 56 (Enero-marzo 1975), pp. 749-63; y WALTER LITTLE, "The Popular Origins of Peronism."

16. Cuando el 17 de octubre se anunció finalmente el nuevo gabinete, se confirmaron los temores de los trabajadores.

17. WEBER, op. cit., p. 359.

18. Ibid., pp. 262-63.

19. Ver Pasado y presente (Buenos Aires, julio y diciembre 1973).

20. Para un análisis de la CGT durante este período, ver JUAN CARLOS TORRE, "La caída de Luis Gay," Todo es Historia (Buenos Aires, octubre 1974).

21. La Nación, 19 de diciembre de 1946.

22. Ver MARYSA NAVARRO, Evita, (Buenos Aires, 1994).

23. Ver LOUISE M. DOYON, "El crecimiento sindical bajo el peronismo." Desarrollo Económico 15, nº 57 (abril-junio 1975), 151-6.

24. Argentina, Presidencia de la Nación, Subsecretaría de Informaciones, Perón y Eva Perón hablan en el día de los trabajadores (Buenos Aires, 1951).

25. Ver JUAN PERON, Conducción política (Buenos Aires, 1952).

26. Eva Perón, La razón de mi vida (Buenos Aires, 1951), p. 14.

27. Argentina, Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación, Perón y Evita hablan en el acto de clausura del Congreso Extraordinario de la Confederación General del Trabajo (Buenos Aires, 1950).

28. Eva Perón habla a las trabajadoras del país (Buenos Aires, 1949).

29. Eva Perón, Historia del peronismo (Buenos Aires, 1971), p. 136.

30. EVA PERON, La razón de mi vida, p. 211.

31. Ibid., p. 10.